

A. C. Grayling

# CONTRA TODOS LOS DIOSES

Ha llegado la hora de subvertir la idea de que el credo religioso merece respeto por sí mismo y de que se debería tratar con guantes de seda.

Ha llegado la hora de rechazar tener que andar de puntillas al pasar junto a las personas que reclaman respeto, consideración, un trato especial o cualquier otra forma de inmunidad por el simple hecho de tener fe religiosa, como si tener fe fuera una virtud privilegiada, como si fuera más noble creer en afirmaciones sin fundamento y en antiguas supersticiones.

Ha llegado la hora de decirles en voz alta a los creyentes que sus decisiones personales son irracionales y que sus elecciones en la esfera privada suelen ser dudosas. Todo el mundo es libre de creer lo que quiera, siempre y cuando no moleste (ni coaccione, ni mate) a los demás; pero nadie tiene derecho a reclamar privilegios por el simple hecho de ser devoto de una u otra de las muchas religiones del mundo.

A. C. Grayling

---

## **Contra todos los dioses**

Seis discusiones sobre la religión y un ensayo sobre la  
bondad



Título original: *Against All Gods. Six Polemics on Religion and an Essay on Kindness*

A. C. Grayling, 2007

Traducción: Elisenda Julibert

---

1.0

02/04/2018

## Introducción

¿MERECE RESPETO la religión? Sostengo que no merece más respeto que cualquier otro punto de vista, y ni siquiera tanto como la mayoría de ellos.

¿Está resurgiendo realmente la religión, o se trata de una ilusión que enmascara la verdadera realidad? ¿No estaremos asistiendo más bien a su agonía? Sostengo que, a pesar de las apariencias que indican lo contrario, es muy probable que estemos atestiguando su desaparición.

¿Cuál es el verdadero significado de los términos «ateísmo», «secularismo» y «humanismo»? Son palabras que denotan conceptos muy distintos, pero que vemos usar indistintamente como si fueran sinónimos. Intentaré definir las como corresponde.

Cuando los ataques a la religión de los no creyentes son demasiado furibundos, los apologetas de la religión los acusan de ser «fundamentalistas», sin advertir la ironía que supone emplear a modo de insulto una palabra que se aplica principalmente a tendencias muy comunes de sus propias posiciones. ¿Acaso un punto de vista que no es una creencia, sino el rechazo de determinado tipo de creencias, puede ser realmente «fundamentalista»? Evidentemente, no; pero hay mucho que discutir.

Y por último: ¿qué es una perspectiva ética humanista, aparte de una actitud cuyo fundamento no es la creencia en los actos sobrenaturales? En el último ensayo de este libro, bosquejaré los principales rasgos de esta concepción tan humana, tan rica y tan entusiasta, que representa una alternativa a las creencias religiosas, una alternativa heredada de la gran tradición de la filosofía occidental.

El debate popular sobre los problemas de actualidad se produce sobre todo en los periódicos, en las revistas, en la radio o en la televisión, y la naturaleza de estos medios impone límites a la extensión (no mucha), el detalle (no mucho) y la complicación (no mucha) de las contribuciones al debate. Y aunque habitualmente esto se traduzca en una simplificación excesiva y en un planteamiento de los problemas demasiado maniqueo, no tiene por qué ser así:

es posible defender las propias ideas de forma clara y concisa, aunque inevitablemente quienes no distinguen entre un planteamiento conciso e inteligible por una parte, y otro meramente simple e incluso simplista por la otra, prefieran calificar la claridad de simplificación cuando discrepan. Así es la vida.

Los seis ensayos polémicos que siguen, y el último ensayo donde se esboza en qué consiste una ética no religiosa, tienen su origen en colaboraciones en la prensa (que aspiraban a ser concisas y claras) al hilo del debate que sobre la religión suele mantener nuestra sociedad consigo misma. Sostengo un punto de vista no religioso, y crítico las religiones no sólo en cuanto sistemas de creencias, sino también en cuanto fenómeno institucional que, como atestiguan los siniestros documentos históricos y el presente, ha hecho y sigue haciendo mucho daño al mundo, por más que reivindique que la bondad es su patrimonio. El debate se ha recrudecido (y peor aún: algunos de sus participantes expresan su opinión lanzando bombas) pero mi intervención en él sigue girando en torno a una idea: que todo aquel cuyos puntos de vista tienen fundamentos sólidos no debería temer la crítica ni los cuestionamientos serios; si confía en sus ideas debería ser capaz de sobreponerse a la sátira y las bromas. Cuanto más inseguras son las personas menos confianza tienen, y cuanto más inmaduras son sus ideas mayor es la angustia que les produce lo que califican de «ofensa» a su sensibilidad religiosa (e incluso llegan ocasionalmente a la violencia). Pero con ello socavan y refutan sus propias ideas.

Los defensores de la fe forman una comunidad evasiva al pretender evitar o eludir la crítica refugiándose en abstracciones de la intrincada teología, una disciplina turbia y misteriosa que se sirve de largas palabras, sofisticados matices y vagas sutilezas, según las cuales Dios puede llegar a ser nada, y ni siquiera existir («aunque siga siendo la condición de posibilidad de la existencia», y así podríamos seguir un buen rato); en suma, sofística, tal como la han calificado quienes se han consagrado al estudio de las verdaderas obras maestras de la filosofía, por ejemplo a los escritos de Aristóteles y Kant. Pero atrincherarse en las nubes de la teología es una forma de ignorar a los críticos de la religión. No obstante, la gran masa popular de creyentes cree en algo bastante más simple y tradicional que las brumosas fantasías de la teología, y en ello descansa su verdad, por la que algunos de ellos (bastantes) matan y mueren («la fe es aquello por lo que muero, el dogma es aquello por lo que mato»). Por otra parte, puesto



que el recóndito escondite de la teología se asienta en el mismo suelo que la supersticiosa fe común, es posible desenmascararla trazando el eje que la une a sus orígenes.

Pero la religión no es teología; es la práctica y la concepción de las personas corrientes, y a la mayoría de ellas la creencia en algo sobrenatural y las supersticiones se las inculcaron en la infancia, cuando aún no podían formarse un juicio del valor de lo que les vendían como una concepción del mundo. Lo que atacan los críticos es precisamente la falsedad de tal concepción y sus consecuencias en un mundo de sufrimiento.

La crítica también es aplicable a quienes señalan la paz y el consuelo que las religiones brindan a los que están solos, o son viejos, a los temerosos y a los enfermos, incluso (dicen a veces) aunque sea falso. Vayamos por partes: dejemos a un lado la paz y el consuelo de los terroristas suicidas, convencidos de que sus familias se han ganado el cielo y de que ellos mismos se han ganado el premio póstumo de setenta y dos vírgenes para toda la eternidad, y limitémonos al consuelo que nos brindan las religiones «incluso aunque sea falso».

¿Admitiríamos, por ejemplo, que el gobierno nos contara mentiras piadosas sobre un accidente en una planta nuclear, o sobre la propagación de un virus mortal desde un laboratorio? ¿No? Entonces será que las mentiras piadosas tienen sus límites. Y sobre todo: ¿acaso la verdad es menos importante que el consuelo, incluso para quienes están solos y asustados? ¿No existen maneras veraces de consolarles con los recursos de la compasión humana? Efectivamente, sí las hay, y dado el valor crucial, irrenunciable y último de la verdad, ¿no serían mucho mejores que las mentiras, por consoladoras que sean? Sin ninguna duda.

Pero ¿qué habría sido del arte (las madonas de Miguel Ángel, las cantatas de Bach, las exquisitas ilustraciones de los salmos y del Corán, la catedral de York y la mezquita azul de Estambul) sin la religión? Exactamente lo mismo que es hoy. El arte es una manifestación del corazón humano; su técnica es humana, es el fulgor de la creatividad, el placer, la pasión y la inquietud de la mente humana. Cuando, en Egipto, los dioses de los hombres eran perros y gatos, crearon efigies maravillosas de perros y de gatos, y los representaron solemnemente en las paredes de las tumbas. Cuando los dioses vivían en las nubes del Olimpo, los hombres erigieron hermosos templos en cuyos frontones cincelaron maravillosos relieves con representaciones de Atenea, Hermes, Zeus y Apolo. Desde el Renacimiento, cuando surgieron mecenas que no pertenecían a la Iglesia y eran

suficientemente ricos para encargar desnudos, paisajes, retratos, escenas de caza, batallas y naturalezas muertas, la dimensión del arte se amplió y los individuos celebraron con él todo (todo lo humano, todo lo que tuviera que ver con el mundo que puebla y disfruta la humanidad). En realidad, las personas siempre han hecho lo mismo: los oratorios de Haendel y la *Missa Solemnis* no son sólo, ni principalmente, adornos de la superstición, sino música, hecha e interpretada por personas para el disfrute de otras personas.

Las discusiones que siguen son breves y van al grano. Si a los lectores les interesa un planteamiento y unos argumentos más detallados y extensos los invito a hojear mi *What Is Good?* (Weidenfeld, 2002) y *The Choice of Hercules* (Weidenfeld, 2007). En ambos libros he procurado ofrecer argumentos para la defensa de una concepción laica del mundo y mostrar la ética humanística que se le asocia, mientras que en mi antología de ensayos en cinco volúmenes que se inicia con *The Meaning of Things* (Weidenfeld, 2001) procuro demostrar hasta qué punto las particularidades de esta actitud se manifiestan a través de los distintos ámbitos del arte, la literatura, el pensamiento, la ciencia, la historia y la vida. Estas aclaraciones quisieran anticiparse a la posible crítica de brevedad de los textos que siguen: si alguien piensa que los siguientes textos son apresurados, basta con que acuda a los siete libros mencionados y se demore allí a su antojo.

Y si el tono de la polémica parece combativo, es porque la contienda entre las concepciones religiosas y no religiosas es muy importante, literalmente un asunto de vida o muerte, y no es posible contemporizar. En el último ensayo prevalece un tono más propio, que yo mismo prefiero; pues cualquiera prefiere que prevalezca un tono más moderado y considerado (y sin duda mucho más amable) en el mundo en general.



## ¿Debemos respeto a las religiones?

HA LLEGADO la hora de subvertir la noción imperante de que el credo religioso merece respeto por sí mismo, y de que debería tratárselo con guantes de seda y protegérselo estableciendo normas, y en algunos casos incluso leyes, contra la crítica y las burlas.

Ha llegado la hora de rechazar tener que andar de puntillas al pasar junto a las personas que reclaman respeto, consideración, un trato especial, o cualquier otra forma de inmunidad, por el simple hecho de tener fe religiosa, como si tener fe fuera una virtud privilegiada, como si fuera más noble creer en afirmaciones sin fundamento y en antiguas supersticiones. No lo es en absoluto. La fe es una forma de compromiso con la creencia que contradice las evidencias y la razón, como se empeñan en mostrar Kierkegaard o el relato del incrédulo apóstol Tomás entre otros; y puesto que para Kierkegaard la virtud de la fe es precisamente su irracionalidad, su ejemplo debería zanjar de una vez por todas el empeño de quienes (desde el Papa hasta los Baptistas del Sur) se obstinan en defender que la fe es algo distinto a la irracionalidad.

Por el contrario, creer algo contra la evidencia y contra la razón (creer algo por la fe) es innoble, irresponsable e ignorante, y merece algo distinto al respeto.

Ha llegado la hora de decirles en voz alta a los creyentes que sus decisiones personales son irracionales, y que sus elecciones en la esfera privada suelen ser dudosas, como ocurre con sus preferencias sexuales. Todo el mundo es libre de creer lo que quiera, siempre y cuando no moleste (ni coaccione, ni mate) a los demás; pero nadie tiene derecho a reclamar privilegios por el simple hecho de ser devoto de una u otra de las muchas religiones del mundo.

Y, como se deduce de este último aspecto, ha llegado la hora de exigir y aplicar un derecho para el resto de nosotros que impida la interferencia de las personas y las instituciones religiosas: el derecho de evitarnos el proselitismo y el afán de las comunidades minoritarias de imponer su propia opción moral y sus prácticas a quienes no comparten su concepción de la vida.

Sin duda, los devotos de la religión reivindicarán que las opciones morales

(inmorales) de la mayoría de la población se les imponen en forma de anuncios subidos de tono, palabrotas, sexo explícito en televisión y cosas similares; habría que recordarles que los mandos a distancia de sus televisores disponen de un botón para apagar el aparato. Existen muchos canales televisivos religiosos, a los que yo no opongo objeción alguna; me limito a no mirarlos.

Estos comentarios naturalmente enfurecerán a las personas de fe religiosa, que están convencidas de poseer un derecho indiscutible a que se respete su fe, así como un derecho a promover, cuando no a imponer (recuerden que reivindicar estar en posesión de la verdad) sus puntos de vista a los demás. Tanto la historia como el presente parecen insinuar que el origen del problema podría ser esta convicción, aunque afirmar que el compromiso religioso no constituye por sí mismo una razón para el respeto no implica afirmar que sea una razón para faltarle el respeto a nadie. Más bien, como está escrito en alguna parte, «por sus obras los conoceréis»; esto suele ser lo que origina la falta de respeto hacia la religión y sus devotos.

Para oponerse a la previsible respuesta de los creyentes religiosos, basta señalar que los individuos merecen respeto, en primer lugar y sobre todo, como individuos. La humanidad compartida es el fundamento último de cualquier relación entre las personas o entre las comunidades humanas, y las concepciones cuya premisa es la diferencia entre los seres humanos sobre la base de consideraciones morales, particularmente las que asumen que una determinada comunidad posee la verdad, o la santidad, o cosas similares, se sitúan en un punto de partida absolutamente equivocado.

Podemos fomentar el respeto que los demás nos dispensan siendo amables, considerados, valientes, fiables, leales a los amigos, afectuosos con nuestra familia, o defendiendo la paz, aspirando al conocimiento, amando el arte y la naturaleza, persiguiendo la bondad de la humanidad, y cosas semejantes; pero también podemos perder ese mismo respeto siendo desagradables, mezquinos, codiciosos, egoístas, obstinadamente estúpidos o ignorantes, rígidamente moralistas, supersticiosos, violentos y otras cosas similares. Ninguna de estas características tiene una relación necesaria con la presencia o la ausencia de sistemas de creencias específicos, pues existen cristianos agradables y repugnantes, musulmanes agradables y repugnantes, y ateos agradables y repugnantes.

De ahí que el respeto hacia nuestros semejantes se base por una parte en su humanidad, con independencia de las cosas que no se escogen (la etnia, la edad,

la sexualidad, los dones, las discapacidades), y por otra dependa de algunas condiciones (es decir, de razones extrínsecas), como las cosas que eligen (la filiación política, el sistema de creencias, el estilo de vida), los argumentos que permiten explicar tales elecciones y la defensa que pueda hacerse de las acciones que se derivan de las mismas.

Puesto que ni la edad, ni la etnia, ni las discapacidades son susceptibles de elección, debería protegerse a las personas de la discriminación por estas razones. En cambio, nada de lo que las personas escogen en materia política, ni el estilo de vida o la religión, debería ser inmune a la crítica y a las bromas (cuando lo merecen, algo bastante común).

Quienes pretenden que las críticas o las bromas de la gente que no comparte sus puntos de vista son «hirientes» u «ofensivas», y asimismo quienes quieren silenciar a los demás imponiendo leyes o amenazando con la violencia, se equivocan por triplicado: en primer lugar, socavan el valor central y fundamental de la libertad de expresión, sin la cual ninguna otra libertad civil es posible; en segundo lugar, reivindican, aunque sin ningún fundamento justificable, el derecho a una condición especial y a un trato diferente por la simple razón de haber escogido creer en un conjunto de proposiciones; y, en tercer lugar, exigen que las personas que no aceptan sus creencias ni sus prácticas se comporten de un modo que implícitamente supone aceptar la consideración que los practicantes tienen de tales creencias.

Un aspecto particular del programa de respeto promovido por los religiosos concierne a las apariciones públicas de la propia comunidad religiosa. Cuando las personas comparecen en el ámbito público mostrando u ostentando signos visuales que delatan inmediatamente su filiación religiosa, al menos una de las razones para hacerlo es conseguir que se les identifique como devotos de una determinada religión, y tácitamente indicar que se les debe un trato especial que incluye el respeto.

Pero ¿por qué deberíamos dispensarles respeto automáticamente? Para muchos individuos la afirmación de una identidad religiosa como tarjeta de presentación ante el mundo es evidentemente conflictiva en el mejor de los casos, y provocadora en el peor, a pesar de que la excentricidad de la indumentaria o de las creencias tuviera en otra época poca importancia en nuestras sociedades, cuando el compromiso religioso personal se inscribía en la esfera privada (a la que pertenece propiamente), antes de que se produjera la politización de los últimos tiempos. De esta idea podrían extraerse principios

morales para nuestros actuales problemas.

Pero indudablemente una parte de la solución a estos problemas debería ser explicar a quienes piden a gritos una mayor cuota de indulgencia pública, de dinero público o de respeto popular, que sus creencias y sus prácticas religiosas personales poco nos importan a los demás, aunque en ocasiones sean motivo de desdén o de diversión; y que cualquiera tiene tanto derecho a que ellos no le molesten como ellos tienen derecho a que nosotros no lo hagamos. Ninguna comunidad religiosa, como institución, tiene más derecho a reivindicar las atenciones del resto de la sociedad que un sindicato, un partido político, una organización de voluntariado, o cualquier otra comunidad de intereses particular (pues eso es exactamente lo que son las iglesias y las comunidades religiosas: «comunidades de interés particulares»).

A nadie se le ocurriría pedir que se respetara a los partidos políticos por el simple hecho de ser partidos políticos, o que se protegiera a sus integrantes de la ironía de los creadores de tiras cómicas. A nadie se le ocurriría tal cosa, y esto debería aplicarse a todas las comunidades de interés y a sus miembros, sin excepción.

## ¿Puede ser fundamentalista un ateo?

TAMBIÉN HA llegado la hora de enterrar los errores y los supuestos en los que se funda el calificativo que algunos religiosos usan para aludir a quienes admiten abiertamente no creer en ninguna religión: la expresión de «ateo fundamentalista». ¿Qué sería un ateo no fundamentalista? ¿Acaso sería alguien que se limitara a creer que no existen entidades sobrenaturales en el universo, sino más bien algo como una parte de dios (un pie divino, por ejemplo, o una nalga)? ¿O que los dioses existen sólo a ratos (por ejemplo los miércoles y los sábados)? (Esta idea no sería tan extraña; para muchos ateos inconscientes, dios sólo existe los sábados). O tal vez un ateo no fundamentalista sería aquel al que no le importara que otras personas se aferren a creencias completamente falsas y primitivas sobre el universo, ni que, basándose en ellas, durante siglos hayan asesinado masivamente a otros pueblos que no compartían exactamente las mismas creencias falsas y primitivas (y sigan haciéndolo)...

Para los cristianos la expresión «ateos fundamentalistas» alude entre otras cosas a quienes niegan a las personas el consuelo de la fe (especialmente a los ancianos y a los que están solos) y la compañía de un protector benigno e invisible en la negra noche del alma (y a quienes —supuestamente— son incapaces de ver la asombrosa belleza del arte inspirado por esas creencias). En su forma moderna condescendiente, modesta y consoladora, el cristianismo es una reciente versión, profundamente modificada, de lo que, durante la mayor parte de su historia, fue por lo general una ideología violenta y opresora: basta pensar en las Cruzadas, en la tortura, en las hogueras, en la esclavitud de las mujeres condenadas a parir reiteradamente y a no abandonar a sus esposos, en la condena de la sexualidad humana, en el uso del miedo —los tormentos del infierno— como instrumento de control y en los monstruosos resultados de las calumnias contra el judaísmo. En cambio, actualmente el cristianismo se ha especializado en la difusa música de fondo: la amenaza del infierno, la exigencia de pobreza y castidad, la doctrina de que sólo unos pocos se salvarán y la mayoría se condenará, se han disipado y reemplazado por las sesiones de

guitarra y las sonrisas empalagosas. Para mantener el poder sobre los crédulos, el cristianismo se ha reinventado a sí mismo tantas veces, y con una hipocresía tan pasmosa, que un monje medieval que resucitara hoy, como el de Woody Allen en *El dormilón*, sería incapaz de reconocer esa fe que lleva el mismo nombre que la suya.

Por ejemplo: a las numerosas congregaciones nigerianas se les explica que creer garantiza el aumento de los ingresos (incluso, un reverendo X les dice que serán más afortunados y ricos si se suman a su congregación que si acuden a la del reverendo Y). ¿Dónde quedó el ojo de la aguja? ¡Ah! Ese pequeño vacío legal se clausuró hace mucho tiempo. ¿Y qué pasó con «mi reino no es de este mundo»? ¿Y con la bendición de la pobreza y la humildad? La Iglesia de Inglaterra abolió oficialmente el Infierno en un Acta del Sínodo en la década de 1920, y las limitaciones que san Pablo impuso a las mujeres en las iglesias (debían sentarse en las últimas filas, en silencio, con la cabeza cubierta) se ignoran hasta el punto de que actualmente incluso existen mujeres que ofician de párroco, y muy pronto habrá mujeres que oficiarán de obispo.

Pero no hace falta ir hasta Nigeria para comprobar la hipocresía de la reforma que se está operando. Basta con quedarse en Roma: allí, la última verdad eterna abandonada ha sido la doctrina del limbo (el lugar donde iban a parar las almas de los niños que no habían sido bautizados), y algunos cardenales empiezan a acariciar la idea de aceptar los preservativos, naturalmente sólo en las relaciones conyugales, en los países donde los índices de contagio del sida son elevados. Lo último —que para cualquiera, excepto para los fieles del catolicismo, no es sólo una muestra cabal de sentido común, sino también un imperativo humanitario— es un avance insólito en el contexto del cristianismo. Los católicos sensatos han ignorado durante generaciones las ideas sobre la anticoncepción de los reaccionarios ancianos del Vaticano, pero lamentablemente, como el objetivo de todas las doctrinas religiosas es conseguir que sus devotos permanezcan en un estado de infancia intelectual (¿de qué otro modo podrían parecerles creíbles semejantes disparates?) pocos católicos han podido ser sensatos. Basta fijarse en lo que ocurría en Irlanda hasta hace muy poco tiempo para encontrar un ejemplo de la miseria que el catolicismo impone siempre que puede.

La expresión «infancia intelectual» nos recuerda que la religión sobrevive principalmente gracias al lavado de cerebro de los jóvenes. Tres cuartas partes de las escuelas de la Iglesia de Inglaterra son colegios de educación primaria: todos

los credos que actualmente se disputan nuestros impuestos para financiar sus escuelas religiosas saben que a falta del proselitismo intelectual con los indefensos críos de tres y cuatro años, acabarían perdiendo su control. Inculcar a los niños las diversas falsedades de las distintas fes que compiten (que compiten, sí) es una forma de abuso infantil y un escándalo. Desafiemos a las religiones a que se olviden de los niños hasta que sean adultos, de modo que lo esencial de la religión se someta a la consideración de un individuo maduro. Por ejemplo: explíquenle a un adulto con una inteligencia normal y al que no se haya sometido al lavado de cerebro religioso, que en alguna parte existe un ser invisible, parecido a nosotros hasta cierto punto, dotado de deseos, intereses, intenciones, recuerdos, y de pasiones como la angustia, el amor, la venganza o los celos, pero que no tiene ninguno de nuestros defectos, como la mortalidad, la enfermedad, la carnalidad, la visibilidad, la capacidad limitada de conocer y de comprender; y explíquenle también que ese dios dejó embarazada mágicamente a una mujer mortal, que dio luz así a un ser especial que realizó diversas proezas sin par antes de ascender a los cielos. Incluso es posible escoger qué versión de la historia explicar: podría ser un Rey de los Cielos que preña a... veamos... a Dánae, a Io, a Leda o a la Virgen María (etc., etc.), tras lo cual surge una progenie destinada a la inmortalidad (Heracles, Cástor y Pólux, Jesús, etc., etc.), o cualquier otro de los relatos similares babilónicos, egipcios y de otras mitologías... Y pregunten después a ese adulto en cuál de todos estos relatos prefiere creer. Pueden estar seguros de que su respuesta sería «en ninguno».

Entonces, ¿cuál de los precedentes despropósitos debería tolerar un ateo para evitar ser un ateo «fundamentalista»? ¿Acaso un ateo «moderado» sería alguien a quien no le importara con cuántos millones de personas se ha ensañado la religión a lo largo de la historia? Posiblemente, ese ateo sería alguien que sonreiría con indulgencia ante la animadversión de los sunitas hacia los chiíes, de los cristianos hacia los judíos, de los musulmanes hacia los hindúes, y de todos ellos hacia cualquiera que no piense que el universo lo gobiernan poderes invisibles. Seguramente, para los fieles un ateo aceptable sería alguien que considerara razonable creer que los dioses suspenden las leyes de la naturaleza ocasionalmente en respuesta a las plegarias de algún hombre, o que el asesinato es una buena acción para salvar al alma de algunos pecados (especialmente del pecado de la herejía).

Está visto que ningún ateo o atea debería aceptar este calificativo. El término mismo es una concesión a los teístas, pues sitúa el debate en su terreno. Un



término más apropiado es el de «naturalista», porque alude a alguien que asume que el universo es un reino natural, gobernado por las leyes de la naturaleza. Esto implica propiamente que no existe nada sobrenatural en el universo (ni hadas, ni duendes, ni ángeles, ni demonios, ni dioses, ni diosas). Pues, del mismo modo que se llaman «ateos», podrían llamarse «aduendistas» o «nohadistas»; sería exactamente igual de razonable o de absurdo. (Aunque la mayoría de la gente ignore que la creencia en las hadas era muy común hasta principios del siglo xx, lo cierto es que la Iglesia mantuvo una dura batalla contra aquella superstición rival, y ganó finalmente, en buena medida —cómo no— gracias a las escuelas religiosas infantiles fundadas en la segunda mitad del siglo xix).

Por consiguiente, a las personas con creencias teístas deberíamos llamarlas sobrenaturalistas, y podríamos dejar que fueran ellas quienes tuvieran que refutar los descubrimientos de la física, de la química y de la biología para justificar su supuesto alternativo de que el universo lo crearon, y lo gobiernan, seres sobrenaturales. A los sobrenaturalistas les encanta señalar que algunas personas irreligiosas se ponen a rezar cuando se encuentran en situación de peligro, pero los naturalistas podríamos replicar que los sobrenaturalistas ponen toda su fe en la ciencia cuando van a parar (por ejemplo) a un hospital o cuando viajan en un avión (y ello ocurre bastante más a menudo que lo anterior). Aunque, naturalmente, como devotos de la idea de que todo se adecúa a sus creencias (incluso las aparentes refutaciones), los sobrenaturalistas posiblemente afirmarían que la ciencia misma es un regalo de dios, e incluso lo justificarían. En ese caso, bastaría con recordarles a Popper: «Una teoría que lo explica todo no explica nada».

En conclusión, merece la pena señalar el ineludible y característico jesuitismo de nuestros hombres de fe al obstinarse en calificar el naturalismo (el ateísmo) de «religión». Sin embargo, una religión es por definición algo basado en la creencia de que existen fuerzas o entidades sobrenaturales en el universo; y no sólo en la creencia de que existen tales entidades sino en la convicción de que se interesan por los seres humanos de nuestro planeta; y no sólo en la creencia de que se interesan sino en la convicción de que se interesan en particular por cómo visten los seres humanos, qué comen, cuándo lo comen, qué leen o ven, cuándo se lavan y cuándo no, con quién se acuestan, cómo y cuándo; y muchas otras cosas similares, como convertir a las mujeres en invisibles obligándolas a envolverse en ropas, o atar cajitas en la frente, o recitar *formulae* de memoria cinco veces al día, y una lista interminable de cosas semejantes; la omisión de

cualquiera de las cuales está condenada.

Pero por definición el naturalismo (el ateísmo) no presupone ninguna creencia. Y toda concepción del mundo que no presuponga la existencia de algo sobrenatural es una filosofía, o una teoría, o en el peor de los casos una ideología. Tanto si es una filosofía como una teoría, es consciente de lo que supondría una refutación y está dispuesta a una revisión cuando surgen nuevas evidencias: a lo sumo, lo que se acepta depende de las evidencias que es posible ofrecer. Esta es la esencia de la ciencia. No es extraño que las distintas teorías biológicas o astrofísicas no hayan desencadenado batallas, ni motivado pogromos, ni condenado a nadie a la hoguera.

Así que, efectivamente, la palabra «fundamental» puede aplicarse a estas concepciones, por ejemplo cuando decimos que son «fundamentalmente sensibles».

## Una aclaración terminológica: secularismo, humanismo y ateísmo

EN EL PREFACIO de un documento redactado por el *think tank* religioso Theos, los arzobispos de Canterbury y Westminster<sup>[\*]</sup>, en una declaración conjunta cuya existencia constituye por sí misma un punto a favor del arzobispo de Westminster, teniendo en cuenta que oficialmente considera al de Canterbury como un alma extraviada (la doctrina tradicional de la Iglesia Católica Romana afirma que no existe posibilidad de salvación fuera de la Iglesia), insistía en la idea de que «el ateísmo es una fe» (uno de los embustes más viejos y manidos de los creyentes es tachar de «ateos fundamentalistas» a quienes expresan claramente su reserva hacia las creencias religiosas). En la lógica filosófica, a este tipo de operaciones se las denomina «falacias informales» y se conocen como el argumento del *tu quoque*. Ya nos hacemos cargo de que el creyente vive sumido en una densa niebla de incienso y ofuscación, a través de cuyas brumas es difícil ver algo con claridad, pero un sencillo curso de semántica podría servirles para despejar las nubes que envuelven el significado de términos como «secular», «humanismo» y «ateísmo». Y cuando consigan entender estos términos comprenderán finalmente que ninguno de ellos implica «fe» en absoluto, y que no es posible ser «fundamentalista» en ninguno de los tres casos. Pido disculpas a quienes ya saben todo esto desde hace tiempo, pero evidentemente si nuestros arzobispos siguen sumidos en la oscuridad en lo que a estos asuntos respecta, será preciso volver a explicar pacientemente estas diferencias (cómo no) fundamentales.

El secularismo es la concepción según la cual se considera que la Iglesia y el Estado (la religión y el gobierno de la nación) deben mantenerse separados. Los primeros secularistas fueron clérigos medievales que no deseaban que el poder temporal interfiriera en los asuntos de la Iglesia. El gobierno temporal de los asuntos religiosos produce instituciones impotentes y de relajada moral como la

Iglesia de Inglaterra (aunque, si tiene que existir alguna institución religiosa, mejor que sea así), mientras que la interferencia religiosa o, peor aún, el control del gobierno tiende inevitablemente a degenerar en lo que podríamos calificar significativamente de «talibanismo», de acuerdo con lo que la historia y la actualidad atestiguan de un modo tan abrumador como trágico.

Si las instituciones religiosas fueran algo más sensatas abrazarían el secularismo como su mejor oportunidad de supervivencia, porque una administración secular permite que lo público se mantenga neutral respecto a cualquier comunidad de intereses en su seno, incluidas las diferentes religiones y sus confesiones internas rivales, para que todas ellas puedan sobrevivir, algo que no ocurriría si una dominara y llevara las riendas del gobierno.

De modo que para las personas religiosas también es posible (e incluso inteligente) el secularismo.

El humanismo, en el sentido moderno del término, es la idea de que cualquier concepción ética deriva de una buena comprensión de la naturaleza humana y de la condición humana en el mundo real. Ello implica que en los planteamientos humanistas sobre la bondad y sobre nuestras responsabilidades, bajo ningún concepto prevalecerán supuestos astrológicos o fabulosos, ni creencias sobrenaturales, ni animismo, politeísmo, o cualquier otra herencia del ignorante pasado remoto de la humanidad.

El humanismo también es posible entre individuos religiosos, aunque ello implique alguna incoherencia, o cuando menos cierta excentricidad, puesto que en una ética humanística la creencia en la existencia de fuerzas sobrenaturales (que define lo religioso) no tiene ningún papel. Pero es posible que algunos individuos necesiten creer en semejantes fuerzas porque de otro modo son incapaces de entender cómo es posible que exista un mundo natural (como si invocar «el Caos y la noche de los tiempos» —el origen de todas las cosas según una de las mitologías de Oriente Próximo— explicara algo), y mucho menos que exista el universo. Creer en tales fuerzas debe de satisfacer la patológica necesidad metafísica de lo que Paul Davies denomina «la supertortuga voladora», pero evidentemente el asunto no merece mayores comentarios.

El «ateísmo» es una palabra usada por las personas religiosas para referirse a

quienes no creen en la existencia de seres o fuerzas sobrenaturales. Posiblemente (nunca me cansaré de repetirlo) los adeptos a las hadas llamarían a quienes no creen en ellas «nohadistas», y con ello intentarían llevar la discusión al terreno de la fantasía, como si tuviera algún contenido tangible; es decir, como si existiera algo cuya existencia pudiera ser objeto de una discusión en la que mereciera perder el tiempo. Las personas que no creen en seres sobrenaturales no poseen una «fe» en la «no existencia de X» (donde X equivale aquí a «hadas», «duendes» o «dioses»); sin duda tienen confianza en la razón y la observación, y en consecuencia están dispuestas a aceptar la intervención de cualquiera de las dos en los principios y las teorías que orientan sus actos. Su concepción de las cosas se adecúa a la evidencia en que se basan, y está siempre sujeta a cambios cuando salen a la luz nuevas evidencias más consistentes. La «fe» (específica y precisamente: el compromiso con una creencia en ausencia de evidencias en las que basar tal creencia, o incluso —algo aún más meritorio del creyente— frente a claras evidencias contrarias a la creencia) es algo completamente distinto, razón por la cual la expresión «el *think tank* religioso» resulta bastante cómica, puesto que la fe es en el fondo (al que se llega enseguida en su caso) la antítesis del pensamiento.

De modo que, a pesar del empeño de la comunidad religiosa en llevar la discusión a su terreno, quienes no compartimos sus puntos de vista deberíamos rechazar la etiqueta de «ateos» a menos que quienes la usan estén dispuestos a hablar de «ateos, nohadistas, aduendistas, afantasmistas» y tantísimas otras palabras para denominar el rechazo racional a creer en seres sobrenaturales de cualquier guisa. Como ha señalado Richard Dawkins, puesto que los cristianos y los musulmanes no creen en Tor ni en Wotan, ni en Zeus, en Ares o en Hermes, ni en Siva o en Vishnu, ni en el Emperador de Japón, ni en muchísimas otras cosas, también son «ateos» con relación a la mayoría de los dioses concebidos. En ausencia de los tópicos y descorazonadores acontecimientos históricos —que evidencian hasta qué punto las instituciones religiosas fueron en realidad políticas, militares y económicas, y estuvieron destinadas a beneficiar a sus miembros perfectamente humanos— no sería fácil comprender por qué, por ejemplo, los cristianos creen en el dios volcán de los judíos (la columna de humo durante el día, la zarza ardiente en la cima de la montaña), y por qué escogieron el relato de Jesús entre los muchos donde un dios (Zeus y Yahvé no fueron los únicos) dejaba preñada a una mujer mortal, la cual paría a un hijo que actuaba heroicamente, padecía grandes sufrimientos (basta pensar en los trabajos de

Hércules), y terminaba yendo al cielo. Porque este relato es un tópico que aparece en todas las antiguas religiones de Oriente Próximo, y la elección de uno u otro dios por el que matar y morir siempre ha sido completamente arbitraria.

A propósito del sufrimiento, me gustaría aprovechar para señalar que es comprensible que se rememoren todos los sufrimientos de Jesús, como la tortura y la espantosa muerte, infligidos (según cuentan los supuestos testimonios) en menos de veinticuatro horas, porque fueron efectivamente horribles, pero cada día de la semana millones de mujeres sufren más, y durante más tiempo, a causa del parto. Y asimismo, las víctimas de la tortura en las cárceles de regímenes tiránicos (y, desgraciadamente, también en las cárceles de algunos democráticos) padecen mayores y más prolongados sufrimientos. Entonces, ¿por qué es especialmente significativo el sufrimiento de la figura fundacional del cristianismo? La flagelación y la posterior crucifixión era el castigo reservado especialmente a los que atentaban o se rebelaban contra el Imperio, y cientos de personas murieron de este modo: tras la revuelta de los seguidores de Espartaco, podía verse a los rebeldes crucificados a los dos lados de una de las vías de acceso a la ciudad de Roma, a lo largo de varias millas. ¿Deberíamos «adorar» a Espartaco? A fin de cuentas, ansiaba liberar a los esclavos de Roma: era una causa noble y justa, y arriesgó su vida para conseguir hacerla realidad.

G. K. Chesterton, que era católico, pretendía mortificar a quienes no creían afirmando que «sólo existen dos tipos de personas: quienes aceptan dogmas y lo saben; y quienes aceptan dogmas y no lo saben». Pero eso no es cierto: existen tres tipos de personas; los dos que menciona Chesterton, y el de quienes reconocen el dogma en cuanto ladra y muerde, y saben cuándo hay que derrocarlo.

Incluso algunos de los que están en mi bando en esta discusión cometen el error de pensar que el objeto de la discusión sobre las creencias sobrenaturales es saber si son ciertas o falsas. Sin embargo, la epistemología nos enseña que la clave del conocimiento es la racionalidad. Si una persona se moja cada vez que llueve y sale sin paraguas, pero aun así sigue confiando en que la próxima vez que salga sin paraguas no se mojará, podemos afirmar que es obstinadamente irracional. Creer en la existencia (por poner un ejemplo) de una deidad benevolente y omnipotente a pesar de los cánceres infantiles y de las muertes de miles de personas en los tsunamis o en los terremotos, supone el mismo tipo de obstinada irracionalidad. En el mejor de los casos, uno podría pensar que si existe alguna divinidad (una proposición que es en sí misma de una

irracionalidad abrumadora por un millón de razones diversas), no es benevolente. Es una idea espeluznante, pero todo parece indicar que si le preguntaran a alguien «¿cree que la evidencia indica que Dios, en caso de existir, es benévolo o malvado?», una mirada rápida al mundo y a la historia podría bastarle para responder «malvado». Algunos teólogos (esos maestros de las contorsiones cuando se los aguijonea con la lógica) intentan resolver el problema diciendo que la divinidad no es omnipotente; así razonaba Keith Ward en la discusión «Dios y el tsunami» que tuvo lugar en la revista *Prospect*. Pero ¿cómo es posible? Una divinidad que no es omnipotente... Con un poco de suerte, si los teólogos insisten en negar los tradicionales atributos de lo divino, acabarán llegando donde el sentido común ya nos había llevado al resto: a la simple conciencia racional de que las nociones de divinidades, hadas y duendes salen todas del mismo cubo... Confíemos, por el bien de las víctimas de los conflictos religiosos en todo el mundo, en que se reúnan rápido con nosotros.

Entonces tal vez sea posible una discusión cabal sobre los principios éticos de respeto mutuo, de compasión y de tolerancia valiente sobre la que fundar una posible renovación individual y social. Es necesario que nos relacionemos como individuos, como personas, en un espacio público que sea hospitalario con todos nosotros, independientemente de la Babel llena de etiquetas disgregadoras que los pueblos imponen a los demás o asumen para sí mismos. Basta observar a los niños en el jardín de infancia: hay que esforzarse mucho para que terminen aprendiendo a poner barreras entre ellos y sus compañeros de clase sobre la base de diferencias de género o étnicas, o de la superstición que hayan escogido sus padres. Así se perpetúa la tragedia de nuestra especie: con la sistemática perversión de nuestra inocencia original mediante la mentira y el sectarismo.



## La corrosión de la razón

UNA ENCUESTA de Opinionpanel Research realizada en julio de 2006 mostraba que más del 30% de los estudiantes de las universidades británicas creían en el creacionismo o en el diseño inteligente. El simple dato es por sí mismo suficientemente pasmoso, y parece atestiguar el efecto de los cuentos de hadas que antaño hicieron las veces de primitiva ciencia y tecnología en la infancia intelectual de la humanidad, de los que aún siguen cautivos muchas personas. Pero aún resulta más turbador como síntoma de una gran corrosión, como extensión del cáncer más virulento de la sinrazón, que afecta no sólo a la cultura mental de nuestro propio país sino al destino del planeta. Si esta última frase parece exagerada, sigan leyendo.

Consideremos primero el asunto localmente, y preguntémosnos por el significado del 30% estadístico. Desde el día en que el gobierno de John Major permitió a las escuelas politécnicas reconvertirse en universidades, y desde que su gobierno y los sucesivos establecieron el objetivo de conseguir que el 50% de los estudiantes de bachillerato cursaran estudios superiores —aunque sin realizar las grandes inversiones, en recursos, y en todos los niveles, necesarias para que el proyecto fuera viable—, era inevitable que el nivel requerido para ingresar en los cursos de grado superior descendiera. Asimismo, el nivel de los exámenes públicos en la educación secundaria también descendió, en algunos aspectos muchísimo. Naturalmente, el discurso oficial afirma que lo último no es cierto: pero eso es lo que siempre dicen los discursos oficiales.

El resultado es que una parte significativa de los que se incorporan a la universidad actualmente son considerablemente distintos de sus antecesores de hace una generación: son manifiestamente menos aptos en competencias como la lectura y la escritura, y menos instruidos en conocimientos básicos de aritmética, su cultura general es menor y a veces también su capacidad reflexiva. Al mismo tiempo la educación se ha infectado del relativismo posmoderno y de los efectos menos deseables de la «corrección política», cuyos resultados han sido que los profesores acepten, e incluso promuevan como alternativas válidas, las diversas

supersticiones y ancestrales sistemas de creencias que constituyen la multiplicidad de diferentes religiones rivales representadas en nuestras sociedades multiculturales. La cosa ha ido tan lejos que nuestros impuestos se destinan ahora a financiar las «escuelas religiosas», lo cual supone la guetificación de los niños, intelectualmente indefensos, en una variedad de supersticiones rivales, a pesar de que los desastrosos efectos de tales supersticiones en el bienestar de la humanidad, desde Irlanda del Norte hasta las madrasas de Pakistán, sean evidentes.

Todo esto demuestra que la clave de la debilidad del rigor intelectual es que la investigación ya no exige la necesidad de aceptar sólo lo que se ciña a las pruebas obtenidas y analizadas rigurosamente. El hecho de que baste la «fe» para legitimar cualquier cosa, desde la superstición hasta los asesinatos masivos, no representa el menor problema para la «gente de fe», la mayor parte de la cual no está de acuerdo con la fe de la mayoría de las «gentes de otras fes» (es decir: un cristiano no tolera el islam, y viceversa; de modo que la pretensión del cristiano de saber, mediante la fe, que la suya es la única religión verdadera queda invalidada, según el mismo criterio de la fe, por el musulmán; y así sucesivamente, hasta llegar al asesinato mutuo); lo cual muestra que todo aquello que la educación puede ofrecer para estimular al intelecto a pensar por sí mismo y a madurar, no ha hecho mella en la mentalidad irracional que subyace a la creencia religiosa (esencialmente una actitud infantil que se conforma con los cuentos de hadas).

Por ejemplo: pregunten a un cristiano por qué la antigua historia de una divinidad que deja embarazada a una mujer mortal que da a luz a un personaje heroico cuyas hazañas le valen un lugar en el cielo, es falsa en el caso de Zeus y de todas sus concubinas (las madres de personajes como Hércules, o de los gemelos divinos Apolo y Artemis, etc.), pero cierta en el de Dios, María y Jesús. Pregúntele también qué significado tiene el hecho de que este relato sea incluso más antiguo que la mitología griega, de que sea un tópico en las mitologías de Oriente Próximo. ¿Por qué llaman mitos a estos relatos y no lo hacen cuando se encuentran en el Nuevo Testamento (una selección de textos cuidadosamente escogidos entre un gran número de versiones, realizada algunos siglos después de que tuvieran lugar los acontecimientos aludidos)? No esperen una respuesta racional; bastará con apelar a la fe, porque la fe lo explica todo.

«La fe lo explica todo»: he aquí la razón de que afirmemos que el resurgimiento de las creencias supersticiosas irracionales es un peligro para el

mundo. En las principales religiones, el fundamentalismo, que es consustancial a algunas de ellas, puede (ocurre a menudo) infantilizar políticamente, y sus características formas radicales, que proporcionan a sus adeptos la completa certeza de tener razón, inmunizan contra la tolerancia y el pluralismo, justifican los comportamientos más atroces contra el apóstata y el infiel, son ciegas a la demanda de justicia, y no digamos de clemencia o de razón, y son intrínsecamente fascistas y monolíticas. No es necesario buscar muy lejos para encontrar clamorosos ejemplos de este estupendo panorama en el mundo actual, ya sea en Oriente Próximo o en la zona más recalcitrantemente religiosa del sur de Estados Unidos. El resto del mundo se encuentra atrapado entre estos dos atroces extremos de un fenómeno que es básicamente el mismo, de modo que no es asombroso, aunque sí lamentable, que la infección se haya propagado en todas direcciones.

No obstante, todavía resulta más lamentable el hecho de que la cuarta parte civilizada del planeta no se tome en serio la relación entre los actuales problemas del mundo y el fracaso en la defensa del rigor intelectual en la educación; y que no exija que las creencias religiosas sean un asunto privado y personal que se satisfaga en los hogares, y que se acepte en el ámbito público en las mismas condiciones que otras comunidades de interés como los sindicatos y otras organizaciones como el Rotary Club. Ésta es toda la consideración que una religión merece, y he aquí las razones: si yo y unos pocos individuos más reivindicamos la creación de una comunidad religiosa basada en la creencia de que los nomos del jardín son dioses, ¿deberíamos tener derecho a percibir dinero público para fundar una escuela en la que los niños pudieran criarse con esta fe, y quizá incluso disponer de un escaño en el Parlamento? ¿Por qué deberían tomárselo a broma en los tribunales, si creencias de un valor intelectual esencialmente similar, es decir, el cristianismo, disfrutaban de todos estos privilegios y más?

Hay quienes pretenden refutar estos argumentos esgrimiendo el viejo cuento de que el estalinismo y el nazismo demuestran que las soluciones seculares son peores que las religiosas, que el fundamentalismo religioso es lo mismo, tanto por su funcionamiento como por sus efectos, que el estalinismo y el nazismo, puesto que los dos últimos son en el fondo lo mismo que las religiones, a saber, ideologías monolíticas. La religión es un artefacto creado por los hombres, sobre todo de opresión y control (el secreto guardián que ve lo que haces incluso en las profundidades de tu interior), cuyas técnicas y estructuras adoptaron el

estalinismo y el nazismo, los monolíticos credos redentores de la modernidad, porque no cabía soñar con mejores enseñanzas. Cuando cualquiera de estas ideologías tiránicas está a la defensiva y/o se encuentra en minoría, suele ofrecer su mejor rostro a los incautos: el beso de amistad en la parroquia, los campamentos de verano para los jóvenes comunistas en los años treinta. Pero en cuanto empuñan el timón sale el talibán, la Inquisición o la Stasi.

Y si les dan fusiles AK-47 y explosivos Semtex, algunos de sus partidarios más fanáticos se convertirán en pilotos suicidas, en asesinos de hombres, mujeres y niños corrientes, y las razones de sus crímenes siempre serán despreciables.

¿Qué distancia existe entre el 30% de los estudiantes que creen en el creacionismo o en el diseño inteligente por poderes, y los terroristas suicidas? Muchísima, sin duda: los últimos son sólo una minoría psicópata. Pero lo que conviene tener en cuenta y tomarse muy en serio es que, no obstante, existe una continuidad: la que establece la creencia en las antiguas supersticiones y el fundamento irracional de los supuestos valores que representan, valores que pueden desembocar en los extremos del asesinato masivo, como nos recuerda aquel escalofriante estribillo que reza: «La fe es aquello por lo que muero, el dogma es aquello por lo que mato».

Como parte de la estrategia para contrarrestar los perniciosos efectos de la fe y el dogma, es preciso que el compromiso religioso vuelva a la esfera privada: hay que detener la absurda promoción de las supersticiones y la segregación religiosa en la educación, exigir que los estándares del rigor intelectual se mantengan en todos los niveles educativos, y encontrar formas efectivas de revertir la actual tendencia de descenso de la matrícula en las disciplinas científicas. De lo contrario, volveremos a aquella Era Oscura, los atisbos de cuyas sombras ya empiezan a cernerse tenebrosamente sobre nuestras cabezas.

## Basta tender un puente

LA DIVISA de E. M. Forster era «basta tender un puente». Y obedecer a este imperativo reuniendo tres asuntos tratados en las noticias de una misma semana (la semana en que escribo estas palabras) constituye un ejercicio muy instructivo.

El primer asunto es la descripción en la revista *Science* del proceso por el cual la evolución produce nuevos mecanismos moleculares en los sistemas biológicos gracias a una progresiva adaptación de las estructuras existentes a las nuevas necesidades.

El segundo es un reportaje en la revista científica *Nature* sobre varios fósiles de 375 millones de años de antigüedad muy bien conservados, pertenecientes a especies que vivían entre el agua y la tierra.

El tercero es el anuncio del hallazgo de un pergamino en el desierto de Egipto que contiene parte de un documento gnóstico del siglo II d. C., que se describe como el «Evangelio de Judas», y donde se absuelve al legendario traidor y además se le asigna una posición teológica privilegiada porque (según dice el documento) Jesús le pidió que lo entregara a las autoridades para poder cumplir su misión.

¿Cuál de estos tres asuntos es el más extraño? Si piensa usted que está chupado, recuerde a aquel concursante que en un programa de preguntas dijo que un sinónimo de la palabra «bendito» que aparece en el Padrenuestro precediendo a «es Tu nombre» era «Howard». Tal vez aquello también fuera una noticia, al menos para todos aquellos que estaban esperando descubrir el nombre de Dios.

Un profesor de bioquímica que enseña en la Lehigh University de Estados Unidos, y se llama Michael J. Behe, muy afecto al creacionismo, afirma que las estructuras biológicas son de tal «irreductible complejidad» que su existencia sólo puede explicarse invocando a un diseñador divino. Este argumento absurdo, que apela a un misterio (la existencia de las complejas estructuras moleculares) y pretende resolverlo introduciendo un misterio más arbitrario si cabe (la

existencia de una divinidad), ostenta exactamente el mismo rigor lógico que afirmar que la forma de las nubes la diseña Fred. (Pero ¿quién o qué es Fred? Basta escoger una fábula para explicarlo).

Como advirtió Karl Popper, una teoría que lo explica todo no explica nada (y todas las religiones, que por lo demás compiten ferozmente entre sí por la posesión de la Verdad, lo explican todo). Cualquier teoría que no especifique qué contraprueba la refutaría, es inútil. La buena ciencia alienta los cuestionamientos rigurosos y las pruebas; casi todas las religiones, al menos en alguna época de su historia, han matado a quienes las cuestionaban. Las teorías botánicas o meteorológicas no han provocado jamás ninguna guerra; la mayoría de las guerras y conflictos en la historia de la humanidad pueden achacarse directa o indirectamente a la religión. Según dicen, por sus frutos los conoceréis.

Pero existen formas sencillas de comprobar los méritos relativos de la ciencia y la religión: por ejemplo, cuando oscurezca, intente iluminar su casa rezando y pulsando un interruptor, y compare los resultados.

La investigación sobre la evolución molecular se centra en los receptores hormonales. Las hormonas y sus receptores son moléculas de proteína que encajan entre sí como las llaves en sus cerraduras. Al comparar los receptores hormonales específicos en lampreas y en peces bruja, especies primitivas de ciclóstomos, cuyas versiones más evolucionadas son las rayas, el profesor Joseph Thornton y sus colaboradores de los laboratorios de la Universidad de Oregón pudieron reconstruir la evolución genética de las moléculas en cuestión, remontando su evolución a un gen común ancestral que había existido 456 millones de años atrás. Encontraron una molécula receptora anterior a la existencia de la hormona (aldosterona) con la que ahora encaja. Esto no sólo ofrecía una evidencia de cómo los cambios en un sistema explotan las estructuras existentes para conseguir satisfacer nuevos propósitos, sino que también mostraba cómo la gran complejidad biológica surge progresivamente a partir de una menor complejidad.

El profesor Behe, que cree en fuerzas sobrenaturales (una categoría que incluye las hadas, los demonios, los unicornios, los dioses del Averno, los ángeles y los fantasmas) cuya presunta existencia es inexplicable e indemostrable, y cuyo crédito descansa en los textos antiguos que encierran las supersticiones de la ancestral ignorancia de la humanidad, calificaba el trabajo del profesor Thornton de «insignificante». Cabe suponer que no usaría la misma expresión para describir el descubrimiento —¿estremecedor?— del Evangelio de

Judas en las arenas del desierto de Egipto.



## La agonía de la religión

SOBRE LA base de evidencias aparentemente incontrovertibles, comentaristas de los más variados credos, entre los cuales cabe citar a Eric Kaufmann, que escribe en la revista *Prospect*, John Gray, colaborador de *New Statesman*, y Damon Linker, autor de *The Theocons: Secular America Under Siege* (Doubleday, 2006), están convencidos de que asistimos al recrudescimiento de la influencia y la reverencia a la religión.

Kaufmann esgrime el débil argumento de que la tendencia demográfica convertirá a Europa en un lugar predominantemente religioso, John Gray parece estar de acuerdo, y Damon Linker está convencido de que una conspiración «teocon» ha cautivado con tanto éxito a Washington, que Estados Unidos se ha convertido en una teocracia *de facto* (pues en el caso de Norteamérica podría hablarse de: la tierra de la política religiosa, la ciencia religiosa —el creacionismo—, la medicina religiosa —«provida»—, la política exterior basada en un credo —la *yihad* de los valores norteamericanos y del bautismo— y los ataques religiosos a las libertades civiles). Si a esto le añadimos el hecho indiscutible del islam político (el islamismo), el argumento parece irrefutable.

Pero desde mi punto de vista existen las mismas evidencias para concluir lo contrario. No asistimos al renacimiento de la religión, sino a su agonía. Dos consideraciones explican esta afirmación. La primera consideración es que existen precedentes históricos próximos e instructivos de lo que ocurre actualmente. La segunda consideración es el análisis de la naturaleza de la política religiosa contemporánea.

Cuando una determinada comunidad de intereses sube el volumen, suele tratarse de una reacción a alguna provocación. La era victoriana nos parece hoy un periodo mojigato de iniciativas edificantes, como la autoayuda, las buenas costumbres y las misiones de caridad en los barrios pobres. Pero la gazmoñería y el espíritu caritativo existían precisamente porque sus contrarios (la pobreza, el alcoholismo, la maldad y la indecencia) eran endémicos; en la era victoriana, algunas calles de la ciudad de Londres estaban atestadas de niñas

prostituyéndose, y recorrerlas por las noches era muy peligroso. Del mismo modo, el actual «auge religioso» es una reacción al predominio de su opuesto. De hecho, es una reacción a la derrota, en una guerra que la religiosidad no puede ganar ni siquiera a pesar de triunfar en alguna de las muchas batallas del largo combate que viene librando.

He aquí lo que está ocurriendo. A lo largo de la última mitad de siglo, algunos sectores del mundo musulmán se sintieron cada vez más amenazados por la globalización de la cultura y los valores occidentales, especialmente de los norteamericanos, que parecen desdeñar con arrogancia sus tradiciones. Más tarde, algunos de estos sectores del islam se envalentonaron con la victoria de los guerreros de la fe sobre una superpotencia (la victoria del muyahidín de Afganistán contra la Unión Soviética); la combinación les alentó a afirmar su oposición a la voraz invasión de la modernidad occidental, e incluso a alzarse en armas.

Cuando un clima de alta tensión como este empuja a los activistas de una comunidad religiosa a radicalizar sus posturas, a llevarlas hasta el ámbito público para exigir más atención, respeto y financiación (las escuelas religiosas son un ejemplo), otras comunidades religiosas, que no quieren quedar al margen, siguen sus pasos. En Gran Bretaña, el activismo musulmán ha sido imitado inmediatamente por otros (los sijs protestan a propósito de una obra de teatro, los evangelistas a propósito de una ópera, y todos ellos se suben al carro de las ayudas concedidas a las iniciativas religiosas e interconfesionales). Para aplacarlos, los políticos les prestan atención; los medios hablan de ellos; inmediatamente estas minorías de interés ven amplificada su presencia. El efecto es que, de pronto, parece que hubiera devotos religiosos por todas partes, y la espuria magnificación de su importancia termina alentando su confianza. El resultado es que consiguen cosas, como ilustran las escuelas religiosas.

Aun así, el hecho es que menos del 10% de la población británica acude semanalmente a la iglesia, a la mezquita, a la sinagoga o al templo, y esta cifra desciende en casi todas las comunidades de inmigrantes. Lo cual no parece indicar precisamente un resurgimiento religioso. Es cierto que aproximadamente la mitad de la población afirma creer vagamente en Algo —en cosas como el feng shui y el poder de los cristales—, y seguramente celebran la Navidad y la Semana Santa, pero estas personas son secularistas funcionales a las que horrorizaría obedecer al pie de la letra (por ejemplo) la moralidad cristiana: a saber, dar todos sus bienes a los pobres, no pensar en el mañana y muchos otros

imposibles. Ni siquiera los clérigos cristianos obedecen estos mandatos. Y este panorama lo observamos en todo Occidente excepto en Estados Unidos, pero incluso allí se están erosionando los fundamentos religiosos.

El precedente histórico de la Contrarreforma es instructivo. Durante un siglo aproximadamente, después de que Lutero clavara sus tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg, Europa se sumió en una feroz disputa religiosa, porque la Iglesia estaba perdiendo su hegemonía, y naturalmente no estaba dispuesta a permitirlo sin luchar. Murieron millones de personas, y el catolicismo ganó algunas batallas aunque perdiera la guerra. Asistimos hoy a una repetición de aquel episodio, pero en esta oportunidad es el islamismo quien opone resistencia a la invasión de una forma de vida que lo amenaza, y sus aliados son otras comunidades religiosas que se suman al combate en una alianza (estrictamente temporal, puesto que la fe es excluyente) por la causa de la religión en general.

Como ya ha ocurrido en otras ocasiones, el movimiento de las placas tectónicas de la historia será traumático y prolongado. Pero no hay duda de cuál será el resultado. Naturalmente, como práctica privada, la religión sobrevivirá entre las minorías; pero como factor decisivo en los asuntos internacionales y en la política está viviendo la que podría ser su última aventura, característicamente sangrienta.

## La alternativa: el humanismo

LAS ACTUALES disputas entre los puntos de vista religiosos y los que no lo son constituyen otro de los capítulos de un relato cuyos principales episodios previos se remontan a mediados del siglo XIX y a principios del siglo XVII, y están relacionados respectivamente con los descubrimientos de Darwin en biología y con la revolución de las ciencias naturales. Los dos son momentos decisivos de la derrota, tan lenta como inexorable, de la religión; y eso es también lo que está ocurriendo actualmente. Porque, a pesar de las apariencias, no asistimos al renacimiento de la religión sino a su declive.

Lo que me gustaría comentar en esta oportunidad es algo que, en el actual clima de debate, se suele pasar por alto: el hecho de que quienes no son religiosos disponen de una concepción ética muy rica, que constituye el resultado de una reflexión y no de algo asumido por convención, cuyas raíces se encuentran en la Antigüedad clásica, que inauguró la gran tradición del pensamiento ético occidental.

Por cuestiones de comodidad utilizo el término «humanistas» para aludir a aquellos cuyas concepciones éticas no son religiosas (dicho en otras palabras, son concepciones basadas en el empeño humano de comprender la propia naturaleza y las circunstancias).

Veamos cuáles son las aspiraciones de los humanistas como sujetos éticos: desean siempre respetar a los demás seres humanos, complacerlos, honrar sus esfuerzos y compartir sus sentimientos. Desean que esta actitud inaugure cualquier encuentro, cualquier relación, pues tienen presente aquel pensamiento de Emerson: debemos dar a los otros lo que daríamos a un cuadro, a saber, el privilegio de una luz favorable. La mayoría de nuestros semejantes lo merecen y lo ofrecen. Algunos lo sacrifican al hacer deliberadamente ciertas cosas. Pero en cualquier caso, el planteamiento de los humanistas descansa en la idea de que lo que determina a las personas es el conjunto de hechos que surgen de la interacción entre los condicionamientos biológicos de la naturaleza humana y las circunstancias sociales e históricas individuales.

Entender estas cosas (a través del arte y de la literatura, de la historia y de la filosofía, de los espléndidos logros de la ciencia, a través de una experiencia personal amable y de la reflexión, a través de las relaciones íntimas, a través del intercambio humano que todo esto supone finalmente) es lo esencial para los humanistas en su búsqueda de una vida buena y lograda, en su afán por ayudar a los otros en el proceso y por compartir con los demás la construcción de una sociedad justa y decente donde todo el mundo tenga la oportunidad de prosperar (y donde la amabilidad y la solidaridad sea la nota predominante de las relaciones éticas).

Pero para el humanista todas estas cosas se hacen en favor de esta vida, la vida en este mundo, donde sufrimos y disfrutamos, donde podemos ayudarnos mutuamente, y donde necesitamos la ayuda de los otros: de otros seres humanos vivos que nos tiendan sus manos y nos abran sus corazones. Mucha de esta ayuda debe dirigirse al otro lado del corazón humano (ese lado cruel, furioso, hostil, egoísta, malvado; el lado supersticioso, tendencioso, cerril, ignorante) para derrotarlo o mitigarlo, para evitar las consecuencias de sus impulsos, para enseñarle a ser distinto sin recurrir nunca a las mentiras ni a los sobornos.

Los humanistas distinguen entre los individuos y la amplia variedad de creencias que suscriben. Combaten con firmeza algunos sistemas de creencias (como la astrología, el feng shui, la cristaloterapia, el animismo... y una larga lista) no sólo porque sus premisas son falsedades (y muchas, a la postre, son sandeces) sino también porque a menudo estas falsedades se convierten en un pretexto para justificar el asesinato. Los humanistas se oponen a estas creencias como se opondrían a cualquier otra falsedad. Pero, con excepción de los individuos que promueven inexcusablemente esos sistemas, el humanismo no está en contra de la mayoría de las personas que cree en ellos, pues reconoce que se criaron con esas creencias en la infancia, o se convirtieron por necesidad, o las adoptaron con esperanza (y diría que, demasiado a menudo, irreflexivamente).

También estos hombres son sus iguales, y los humanistas les desean lo mejor; lo cual significa que desean que sean libres para pensar por su cuenta, para ver el mundo con lucidez. Cuando menos, dice el humanista, ¡conocerían mejor la historia! Si comprendieran tan sólo lo que sus propios líderes piensan de la versión simple de la fe a la que ellos son fieles, y la sofistería con que la reemplazan... Pues, mientras que el creyente corriente posee una vaga noción de un dios personal que es padre-policía-Papá-Noel-mago, los planteamientos de sus teólogos son de tal complejidad polisilábica, laberíntica, intrincada,

sofisticada, que algunos llegan a afirmar (como hizo un célebre miembro del clero) que no es necesario que Dios exista para creer en él. Ya se sabe que el fundamento de la creencia religiosa (una certeza subjetiva) es bastante complicado de refutar, puesto que es irracional, pero semejante idea es desquiciada. Uno ya no sabe qué es peor: si los teólogos que se toman en serio lo que dicen o los que se lo toman como un juego.

Comparada con la certeza absoluta de la fe, la concepción del humanista sobre la naturaleza y el alcance del conocimiento es más humilde. Todas las investigaciones de la inteligencia humana en pos del conocimiento progresan siempre al precio de plantear nuevas preguntas. Tener el coraje intelectual de vivir con esta incertidumbre ilimitada, confiando en que la razón y la experimentación nos proporcionen una mayor comprensión, basando íntegramente las propias teorías en fundamentos rigurosos y verificables, y comprometiéndonos a cambiar las propias ideas cuando se demuestra que son erróneas, tales actitudes son características de las mentes honestas. En el pasado, la humanidad se aferraba obstinadamente a las leyendas, a las supersticiones y a la ciega credulidad, para otorgar rápida y fácilmente sentido a todo lo que sabía o comprendía, para convencerse a sí misma de que sí sabía y comprendía. El humanismo reconoce este hecho histórico en los antiguos mitos, y asume las necesidades que llevaron a las personas en esa dirección. E incluso muestra que lo que nutre el corazón y la mente de los hombres (el amor, la belleza, la música, el crepúsculo en el mar, el ruido de la lluvia sobre las hojas, la compañía de los amigos, la satisfacción tras realizar un esfuerzo útil) es más de lo que la imaginación puede darles nunca, y que deberían aprender a describir de nuevo estas cosas (las cosas reales del mundo) como la poesía que da significado a la vida.

Porque eso es el humanismo: lo que le preocupa, insisto una vez más, es el valor de las cosas humanas. Su deseo de aprender del pasado, su exhortación al coraje en el presente, y su compromiso con la esperanza en el futuro, tienen por objeto las cosas reales, las personas reales, las necesidades y las posibilidades humanas reales, y el destino del frágil mundo que compartimos. Su objeto es la vida humana; no requiere creer en una vida después de la muerte. Su objeto es este mundo; no requiere creer en otro mundo. Su capacidad de atribuir sentido al mundo o de fomentar la vida ética no requiere órdenes de divinidades, ni promesas de recompensas o amenazas de castigos, ni mitos ni rituales. Sólo requiere abrir bien los ojos, ser compasivo y amable, y usar la razón.



A. C. GRAYLING es uno de los destacados intelectuales ingleses que se han posicionado en el actual debate sobre Dios y la religión. Doctorado en Filosofía en Oxford, es miembro de la Royal Society of Literature y de la Royal Society of Arts. Además de impartir clases en el Brikbeck College de la Universidad de Londres, es colaborador habitual en la prensa y autor de una extensa obra ensayística. Además del libro que publicó junto a Mick Gordon, *On Religión*, destacan *El poder de las ideas* (Ariel, 2010) y *El sentido de las cosas*. En *Contra todos los dioses* denuncia la irracionalidad que entraña la fe religiosa y pone de relieve la necesidad urgente de reemplazarla por valores basados en la razón, la reflexión y la compasión.

# Notas



[\*] Canterbury es la sede de la Iglesia de Inglaterra mientras que Westminster es la sede de los católicos en Gran Bretaña (*N. de la T.*) <<